NO TIENES QUE DECIRLES ADIÓS, ANA / LA AÑORANZA ES UN ESTREMECIMIENTO BAJO LA LUZ DE LA LÁMPARA

Por Josué Martínez Sánchez

NO TIENES QUE DECIRLES ADIÓS, ANA

La muchacha se detuvo en el umbral de la puerta con el brazo izquierdo suspendido en el aire. Quedó unos minutos inmóvil, como retenida por la oscuridad, con la mirada extraviada en algún improbable lugar y la respiración jadeante. Luego giró sobre sus talones. Fue una sombra más al bajar las escaleras y salir del edificio. Entró al auto.
-Mejor esperamos a que amanezca -dijo sin mirarlo.
-No sabía que podía doler tanto -dijo él.
-¿Dolor, dolor...? -había una contenida agitación en su voz-. Creo que no es esa la palabra.
-Es como un vacío.
-¡Eso! -se entusiasmó al decirlo-. Un vacío o una incertidumbre muy grande.
-No tienes que hacerlo, Ana.
-Tú sabes que sí.
-Podemos irnos ahora mismo -afirmó él-. Y no pasa nada.
-Lo sé, pero no es eso.
-Podemos irnos cuando quieras.
-Es algo que me debo a mi misma.
-Como quieras.
-Gracias por entenderlo.
-¿Qué?
-Dije: g-r-a-c-i-a-s-p-o-r-e-n-t-e-n-d-e-r-l-o.
-Olvídalo.
-Mejor no -dijo ella-. Hay cosas que es mejor no olvidarlas.
Una brisa húmeda con olor a salitre comenzó a soplar desde el malecón. De pronto, los árboles añosos y los jardines, delimitados por altas verjas, se agitaron. Desde el carro podía sentirse el extraño aroma de los arbustos, de la tierra. Las nubes rojizas acabaron por ocultar la luna y las estrellas. Cada cierto tiempo los gatos maullaban sobre las tapias, una ventana se cerraba, o alguien tosía.
-Dentro de unas horas todo esto habrá acabado -dijo él.
-Y algo más habrá empezado -dijo la muchacha-. Y no sé si reírme… o llorar.
-Pero lo deseamos mucho, ¿no es así?
-Es cierto... no me hagas caso hoy, ¿eh?
-No enredemos las cosas.
-¿Nunca has tenido algo que hacer? -preguntó ella- ¿Algo que es más importante que todo lo demás?
-Creo que sí.

-¿Entonces?
-No quiero que esto te haga sufrir -dijo él-. No, si puede ser evitado.
-Nadie me espera.
-Podemos evitar cualquier complicación, ¿no?
-Perfectamente.
-Bien.
Un auto pasó despacio dejando el sonido tierno de las gomas sobre los adoquines. El reguero de luces amarillentas los iluminó unos segundos y se miraron. Cuando la oscuridad reinó de nuevo sobre las cosas, él aventuró su mano -grande y huesuda- hacia el lugar donde debía estar el cuello delgado, frágil, de la muchacha y lo acarició con delectación. La atrajo hacia sí en un gesto amorosamente autoritario. Fumaron en silencio.
Un rato después, las nubes dieron paso a la claridad. Apenas una débil iluminación que se colaba por las ramas de los árboles -formaban una gruesa bóveda sobre la calle. Desde la otra parte de la ciudad llegaban los rugidos de los trenes, algunas campanadas de las iglesias. El día se iba imponiendo sin esfuerzo.
-Otro ambiente, otras gentes -dijo él- …creo que nos vamos a sentir bien.
-También lo creo yo -respondió ella.
-De todas maneras, vale la pena intentarlo.
-Sólo por eso estoy aquí, contigo.
-Empezar de nuevo – dijo él como para sí.
-Es lo que no nos perdonarán.
-Poder pintar.
-Dormir juntos, como si hubiéramos nacido ese día -la muchacha se apretó aún más a él.
-Lejos de todo esto, y de todos.
-Vamos a vivir…, a hacernos el amor mil veces.
-Sin nada que olvidar, ni que lamentar.
El hombre respiró hondo. Le acarició tiernamente el pelo.
-Ya es hora, Ana -dijo-. Si de verdad quieres hacerlo.
-Ahora.
Él salió del auto. Dio la vuelta con prisa y le abrió.
-Espero que lo hagas, de una vez y para siempre -dijo mirándola fijamente.- No hay más tiempo, Ana.
Ella no respondió. Se concentró en los pasos que la separaban del edificio. Cada minuto representaba un poco más de luz, un transeúnte más, la ola de agitación y ruidos que amenazaba con llegar de un momento a otro. Cuando la muchacha alcanzó la entrada, se detuvo. Entonces él cerró de un tirón la puerta y fue hacia ella.
-¡No tienes que decirles adiós, Ana! – le dijo.
-¿Cómo no había pensado en eso, Mario?
-No tiene importancia ahora -dijo impaciente-. ¡Sólo sube!
-Es la única manera que veo de sentirme segura.
-Haz todo lo que quieras, pero no tienes que decirles hasta luego -afirmó él-. Alguien me lo enseñó.
-Cuando pienso que fueron todo lo que tuve.
-El día que no estemos aquí -dijo él y se calló un segundo antes de terminar -… tus padres, toda tu gente y esta ciudad seguirán su curso.

-No sé -expresó absorta.
-¡Date una oportunidad, Ana! -dijo con ardor-. No tenía que suceder esto, pero si lo quieres, ¡sube de una vez!
-Nunca había pensado en lo que me dijiste.
-Conversa con ellos, dales los buenos días y nada más.
-Bueno, creo que ahora sí podré.
-Podrás con la dureza, ¿sí?
-Con eso y con todo lo que ya sabes, creo que sí.
-¡Bien!
-No sabrán nada.
-¡No tienen que saber nada! -dijo-. Despídete tú misma de todos. Nadie más que tú sabrá lo qué está pasando.
-¿No será muy egoísta de mi parte? -su voz comenzaba a agitarse de nuevo.
-¡No hay otra manera!
-Gracias por todo.
-Olvídalo.
-Claro que no -trató de sonreír, pero sólo consiguió un movimiento extraño con los labios.
-Y recuerda que te amo, Ana.
-Lo sé.
-Te espero.
Ocultando el rostro, Ana dio la vuelta y subió. Mario retornó al auto. Sacó un trapo de alguna parte y comenzó a frotar con fuerza cada centímetro de la carrocería, de por sí lustrosa. Estuvo haciéndolo sin reposo, durante un buen tiempo, hasta que logró sofocarse. En ningún momento miró el pequeño pasillo que llevaba a la escalera, ni quiso detenerse en los vecinos que a ratos salían o entraban al edificio. Después se paró en la acera y miró el reloj. La luz del día era ya algo más que una promesa. Un brillo sutil aparecía, suavemente, en los cristales de las ventanas.

LA AÑORANZA ES UN ESTREMECIMIENTO BAJO LA LUZ DE LA LÁMPARA

-¿Lo quieres con limón? -preguntó el hombre.
-No -respondió tajante.
Estaba sentada a la mesa. Tenía unos ojos azules, congestionados, que vagaban más allá de las cosas. De vez en vez contemplaban, a través de la puerta y ventana que daban al balcón, la luz agonizante del crepúsculo y los intermitentes relámpagos. El aire olía intensamente a lluvia. Permaneció inmóvil, concentrada en sí misma; cerró los ojos. Le llegó el sonido de las cucharas y las piezas de porcelana destacándose sobre un rumor de pies descalzos. Cuando los abrió, ya él estaba sentado frente a ella y le alcanzaba una taza.
Ella suspiró largamente.
-No hay nada que hacer, entonces -dijo.

El hombre la miró alerta.
-Eso -tomó un sorbo y añadió-: no hay nada más que podamos hacer.
-Tengo unas ganas locas de verlo -dijo ella-, de saber algo de una vez.
-Debemos esperar.
-Sólo eso... esperar.
-Es lo único que podemos hacer, por ahora -le dijo y señaló la taza- ¿Quieres tomártelo?
Bebieron el té en silencio. Afuera llovía.
Impasible, estuvo escuchando el sonido de la lluvia. Luego se levantó y fue al balcón, se asomó a la calle, al estremecimiento de los árboles, al brillo del agua sobre los cristales. Miró sin interés y cerró puertas y ventanas.
Regresó a la sala.
Ahora estaba una vez más frente a las paredes desnudas. En el lugar de siempre encontró los búcaros con sus flores plásticas, los libros y discos de acetato. Había una fina capa de polvo sobre la superficie de los muebles.
No se detuvo en el portarretratos.
El hombre fue a acompañarla y llevo té y cigarros. Le brindó.
-No -dijo ella y agregó- ¿Sabes? Hoy estuve en la biblioteca.
-¡¿Hoy?! ¿No estás aún de certificado?
-Sí, todavía estoy de certificado médico.
-¿Entonces? -dijo él
Se miraron a través del humo azuloso.
-Fui a buscar datos.
-No me dijiste que irías a la biblioteca.
-Total. No encontré lo que buscaba.
-¿Y qué buscaste?
-Algo sobre la corriente del Golfo, el estrecho de la Florida... o el sur de Guantánamo.
-¡Por Dios! No sigas ¡No sigas con eso!
-¿Por qué? ¿Por qué no sigo?
-¡Porque con esas manías no vas a resolver nada! ¡Nada!
-¿Fuiste al médico? -preguntó él.
-Sí -respondió ella con desgano.
-¿Fuiste?
-Sí fui. Y le dije que me iba a calmar, que me iba a convertir en una madre especial, aunque él no esté...
-¡No vuelvas con lo mismo!
-...que me iba a tomar las medicinas y a dormir a mi hora y a comérmelo todo...
-¡Basta de una vez!
-... y que iba a decir: gracias, por favor, de ninguna manera...
-¡He dicho que basta! ¡Cállate de una vez!
-¡Es mi hijo! -el rostro de la mujer era una mueca indefinida de risa o dolor.
El hombre se mesaba con rabia el pelo corto y encanecido; parecía no escucharla.
-¡Es mi hijo! -repitió sin aliento.
-¡Y mío, coño! ¡Y mío! -dijo y se levantó- ¡Y mío!
La dejó sola.

Al rato apareció él. Se había vestido y taciturno, con las manos en los bolsillos, la miraba.
-¿Adónde vas? -le preguntó extrañada.
-¿No te lo imaginas? -preguntó él a su vez.
-No.
-Necesito descansar. Necesito dormir.
-¿Me dejas sola? -fue casi un ruego.
-No me das otra opción.
-Entiendo.
-Si yo me enfermo, ¿has pensado lo que sucederá?
-No, es decir... -se agitaba buscando una respuesta.
-Tengo que descansar y relajarme... ¡es lo único que te pido!
El hombre seguía de pie, distante.
-Entiendo -dijo ella.
-¡Quiero vivir!
-Entiendo -volvió a decir, resignada.
-¿Me quedo?
En el párpado derecho del hombre apareció un tic nervioso.
-Quédate, por favor -ella miraba el piso.
-¿Te tranquilizarás?
-Sí.
-¿Te las traigo?
-Sí, tráeme las pastillas. Las necesito.
Estuvo a su lado hasta que ella terminó con el vaso. Después se cambió y fue a la sala a hojear las revistas de siempre con la misma parsimonia de otras veces.
De vez en cuando la observaba: seguía muy quieta, en la butaca, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si un frío hondo le atenazara los huesos.
Se fijó en sus ojos: eran azules y congestionados y se extraviaban más allá de todo.
-Me quedaré un rato en el sofá -dijo la mujer.
-Está bien -dijo él.
-Dormir un rato en el sofá me relaja.
-Descansa, duerme un rato.
El hombre fumaba y asentía pensativo.
-Si llaman por teléfono cuando esté dormida ¿me avisarás?
-Por supuesto -respondió él.
-Algunas veces deseo que el teléfono suene todo el día.
Se removió inquieto en la butaca; siguió fumando.
-Quisiera que su voz me sorprenda -dijo ella.
-También a mí me gustaría.
-Que me digan llamada desde Costa Rica, desde Panamá... desde Miami.
-Ya sabremos algo de él -dijo-. Hay que esperar, mujer.
-¡Esperar!, claro, pero bueno...
-Mañana vuelvo a casa de Solanas -la interrumpió.
-¿Habrá llamado a su gente allá?
-Mañana iré a verlo de nuevo, ¡nunca se sabe!
-Viejo -dijo ella.

-¿Dime? -preguntó él.
-Viejo, no me dejarás, ¿verdad?
-Claro que no, nunca.
-¿Nunca?
-Nunca.
-Discúlpame por todo.
-Sólo haz lo que te dijo el médico.
-Trato, trato de hacerlo, viejo.
-Y recuerda que debemos ser fuertes, ahora.
-Voy a ser fuerte -dijo ella y añadió-. Te lo prometo.
Cuando levantó los ojos de la revista, supo que ya estaba dormida. La vio tendida de perfil sobre el sofá, con las piernas recogidas y los brazos sobre el vientre. Algún mechón de su pelo le desdibujaba el rostro. Pudo, no obstante, ver el entrecejo fruncido y las diminutas venas que recorrían sus sienes.
Fue al balcón. Estuvo contemplando la ciudad y el silencio intacto de la madrugada. Por encima de algunos edificios, más bien bajos, encontró el mar: era sólo una mancha imprevisible.
Volvió a la sala. Trató de acariciar el portarretratos pero las manos se le rebelaron, temblorosas.
Súbitamente, sonó el teléfono: era un equivocado.
Escudriñó a la mujer tratando de encontrar, en vano, alguna alteración del sueño. Cogió la taza, ya fría, y el sorbo le dejó una mueca amarga en la boca.
Apagó las luces.
Sólo se escuchaba el sonido adormecedor de la llovizna.

Josué Martínez Sánchez *(Holguín, Cuba, 1964)*

Periodista cultural. Ha publicado textos suyos en las revistas cubanas Casa de las Américas, El Caimán Barbudo *y* Ámbito*. Fue becario del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, en La Habana, en el 2001. Ha colaborado con medios nacionales: Radio Habana-Cuba, Radio Rebelde y con el portal informático http://islagrande.cu. Ha incursionado en la docencia como profesor de Comunicación Social en la Universidad de Holguín y en la Escuela de Trabajadores Sociales de la provincia. Actualmente trabaja para el Grupo de Comunicación Cultural Baibrama, de la Dirección Provincial de Cultura en Holguín y escribe para su portal http://www.baibrama.cult.cu. Recibió el Premio Quijote de Cuento, en su edición de 1993, convocado por el Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Oriente. Correo de contacto: jeanpaul092003@yahoo.es*